

Un "aguaduchu" bilbaíno en 1593

por el
Conde de Superunda

Sabido es que Bilbao ha sufrido mucho con los frecuentes festejos acuáticos que su situación topográfica le ha organizado a lo largo de sus muchos años de vida.

El puente de San Antón, del que decía el Padre Henao en 1650, describiendo la villa:

"Entre sus cosas insignes, tiene una puente muy alta y de fábrica tan superba, para no ser larga, que siendo uno de los excelentes edificios que hay en España sobre agua, la precia tanto su pueblo que la trae por divisa e insignia principal de su escudo de armas..."; Esa pobre puente, decimos, tiene una historia dramática. Era más antigua que la villa misma, pero no pudo conservar su forma y aspecto primitivos, obligada a sufrir repentinas reparaciones y reformas en cura de los estropicios que le causó el río, su enemigo irreconciliable.

Pero no fué el puente la única víctima de esta fiera. Los "aguaduchos" fueron el azote de la villa entera. Véase cómo las gastaba nuestro, al parecer, pacífico "Nervión" (entonces "Ibaizabal", río ancho, por la incorporación del procedente de Orduña), allá por el siglo XVI.

En 1553 hubo uno de esos cataclismos descrito en verso, en el cual ya la pobre puente las pasó mal.

"Rompida la puente de tan alto subida
"benla por medio caída y sumida,
"y del agua terrible de la Villa cercada
"del suelo a las casas diez codos se alzando,
"se queda del todo como Sodoma sumida...".

... ..

“Bimos Santiago Patrón de la España
 ” que el agua subía sobre el Sacramento
 ” y cuerpos umanos subían del centro
 ” do están sepultados con artes y maña,
 ” y aun Barrencalle no menos se baña...”.

... ..

“Casas ni torres casi quedaron
 ” Arratia y Orozco y Llodio menguaron
 ” hasta el mar haziendas asoladas...”.

En fin, ¡un horror! Pero nos parece más inteligible e interesante la descripción del diluvio del 22 de septiembre de 1593, y dejamos al poeta lamentándose en lo que llama *Octabas*, del que “ubo” en 1553.

Las escenas descritas son igualmente espeluznantes y los daños sufridos por el pueblo mayores aún en la segunda de las riadas. Si algún aficionado quiere saber más del aguaduchu versificado, podrá encontrarlo copiado en el tomo segundo de la colección miscelánea de don Juan Ramón de Yturriza, cuyo tomo está en poder de la Comunidad de Padres Carmelitas de Marquina, según afirmaba nuestro querido y llorado AMIGO Juan José de Mugartegui.

La relación del aguaduchu de 1593 está sacada de un impreso coleccionado en el tomo segundo de la obra de Juan Yñiguez de Ybargüen, titulada “Historia General de España y sumaria de la casa Vizcaina”, obra única en cinco tomos, que existe en la biblioteca de la casa solar de Mugartegui, y que el mismo Juan José copió el año 1917.

La descripción es de Pedro Cole de Ybarra, quien la imprimió con licencia en *Vilbao en 1593*, y empieza así:

“La grandeza de las cosas que por mis propios ojos vi el miercoles 22 de Septiembre deste presente ano de 93 desde la vna de la noche, me combida a que dé parte al mundo de vn efecto marauilloso de la Iusticia diuina, que quiso se manifestasse en este dia, en un pueblo de los mas ricos de España, mas vistoso en edificios y mas abundante de todo lo que es posible imaginarse, para regalo de los hombres...”.

El río comenzó a crecer de un modo alarmante poco después de las doce de la noche del martes al miércoles, por lo que fueron relativamente pocos los bilbaínos que se dieron cuenta de la catástrofe que se avecinaba.

“Los que escaparon de esta manera por presto que se pusieron en huyda, fué bien a costa suya, porque salieron descalços y dan doles el agua casi a la cintura, porque se ha de saber que la aueni-

"da fué tan repentina, y aora tan excusada, que cuando vieron el
"peligro, estaban en él. Con este auiso que dieron algunos, que se
"salieron dexando sus casas, por acudir a la que está dedicada a
"la serenissima Virgen Maria nuestra Señora, que llaman Vegoña
"templo puesto en alto, que señorea toda la villa y ribera, y donde
"nuestro Señor, por su sanctissima Madre obra mil milagros y ma-
"rauillas, y en quien tienen singular deuocion todos los de la tierra)
"se comenzaron a hazer por el Arenal (que es una calle que las
"vistas a la ribera, y muchos nogales delante, cuya sombra es de
"mucha recreacion a todo el pueblo y de mas entretenimiento que
"ay en esta villa, qual en Valladolid el Prado que dizen de la Mag-
"dalena), muchas hogueras, y a poner muchas luminarias en las
"ventanas, para que se echase de ver lo que el río yua crecido,
"pero quanto mas despierta estaua la justicia diuina, mas dormia
"nuestro descuydo, (que tal es, el, en que viuimos los hombres), y
"asi fueron poca parte estos auisos y otros muchos, para que mi-
"rasen por si, y quando amaneció y abrieron los ojos, y la luz dió
"lugar a que pudiesen ver, vieronse sin remedio; y aprouechandose
"de toda la industria humana, no fué parte esta para que se dexasse
"de executar la sentencia del cielo en esta villa".

Bien a nuestro pesar, hemos de extractar el relato para reducirlo a términos admisibles, pero ello será en perjuicio del lector, pues la prosa de que damos muestra, describiendo el ambiente y circunstancias en que el suceso se inició, es, como puede verse, deliciosa.

Dice el narrador que el diluvio pasó al que hubo cuarenta años antes, en más de tres codos, a juzgar por las señales que de uno y otro quedaron, y por el testimonio de "personas graues y principales" que de ambos fueron testigos.

La furia de la avenida fué creciendo desde las siete de la mañana a tres de la tarde, hora en que la marea hizo subir más el nivel del río, y más graves los estragos.

"De la otra parte de la puente lleuó una calle entera, que llaman Zurrutia, o Rentería, (1) que cuando cayó se tendió sobre el río, y venian los tejados enteros, que no parecia sino que en el río auia casas, aunque luego la furia del agua las desbarataua, de manera que perdian pronto esta figura y como las olas eran furiosas y brauas, no auia ninguna que no descubriese alguna lástima...".

Allá se veían cofres, arcas, sacas de lana, camas enteras, con tan-

(1) Rentería era el edificio que aparece en el escudo de Bilbao a la derecha del puente, es decir, en la orilla izquierda del río. En él cobraba el Ayuntamiento «una blanca» por quintal de fierro exportado, destinando la recaudación exclusivamente a la conservación y entretenimiento de la Iglesia de Santiago.

ta fuerza arrastradas que para poner remedio a tanto mal, hubiera sido necesario hacer uso de "barcos, pinazas o baxeles (de que suele haber abundancia en aquella ribera, con otros que llaman arruque-ros, que cuando sube y baxa la marea, suele parecer otra Venecia esta villa)".

Pero cuando amaneció ya se había llevado la corriente todos estos medios de socorro y remedio. También se llevó los navios que halló en la ribera "que llegaban hasta la puente, y solían servir de" lo que en otras partes las tiendas, porque las gentes venían a comprar lo que por mar llegaba en mucha abundancia".

El río se llevó también un ojo de la puente "que como era el" paso por donde entra la prouisión a la villa y por donde sale el despacho de todas las mercaderias a Castilla, hace notable falta, "y quita además la hermosura y lustre que le daba. Junto a la misma puente estauan las casas de la Contratación, cosidas con la Yglesia de San Anton, que si no quebrara en edificio tan fuerte" parte de la furia que traya esta auenida, no escapara casa ni edificio de toda la villa. Estas Casas de Contratación, que eran muy galanas y vistosas, con mas un portal grande que tenían delante, "con sus pilares y gradas de piedra, que servian a la Yglesia, lleuó" tambien la auenida, que no dejó señal de que allí uieseauido tal cosa".

La misma suerte corrieron las casas del Cabildo y Regimiento de la villa, con gran cantidad de armas y munición, arcabuces y mosquetes, coseletes, lanzas y otras cosas, que la villa allí guardaba para el servicio de Su Majestad y para su defensa. Sólo quedaron unas piedras amontonadas "para poder decir, aquí fué Troya".

Más abajo se llevaron las aguas otros edificios de particulares, alguno de los cuales "tuuo de pérdida mas de doze mil ducados, y" lo que es para quebrar mil corazones de lástima es que estando "en esta hazienda el remedio de muchas donzellas principales bien" nazidas, vienen a quedar pobres, que muchas dellas no quedaron "mas de con el vestido que trayan sobre si".

Después de compadecerse con tan respetuosa ternura de las pobres donzellas principales y bien nazidas, deja el cronista para más adelante el relato de lo que sucedió dentro de la villa misma, es decir, en el casco viejo, y que nos lleva al Monasterio de San Agustín en un sitio algo alto, templo que asegura ser "el de mayor grandeza y magestad que ay en la probincia de Castilla."

Desde las ventanas de las celdas, se señoreaba toda la villa y toda la corriente del río. Allá estaban todos los religiosos de rodillas, con el Santísimo Sacramento en manos del Prior, cercados por las aguas hasta las gradas del Altar mayor, "suplicando al Señor

"que allí tenían, viese misericordia de aquel pueblo que tan a vista de ojos se anegaua".

La misma diligencia hicieron los Padres Franciscanos que tienen su Convento en un alto de la otra orilla, y salieron en procesión, con los pies descalzos, pidiendo a Dios misericordia. Por su parte el clero de la villa sacó el Santísimo Sacramento de la Iglesia de Begoña bajando con El "hasta un montecito que se haze a la entrada de una calle que se dize Ascao...".

Desde esta atalaya presenciaron una de las escenas más terroríficas. Por el río iba una mujer desnuda "quien auia cogido la auenida descuydada, dormiendo en su cama, la qual yua viua entre dos grandes maderos que la sustentauan, y como yuan casi en cruz cogianle los brazos que no los podia sacar fuera, lleuaua la cabeza leuantada y ensangrentada, dando lastimeras voces, y las que se pudieron percibir fueron estas: Padres, encomiendenme a Dios, que ya veen qual voy... Desde allí le dixeron algunas palabras de esfuerzo y consuelo, y la furia del agua no dió lugar a mas razones...".

Más tarde apareció el cadáver, colgado el pie de un árbol, y se supo que había venido arrastrada por las aguas desde Zornoza... "y la guardó Dios para que le viese sacramentado, como en prendas de que pronto lo vería claramente en el Cielo".

Cuenta luego otro caso "de no menor maravilla", visto desde el Monasterio. En Albia vivía un pobre hombre con su familia, dueño de una taberna y de una lancha con la que pasaba gente de una a otra orilla. Cayó la casa y el bueno de Machín, que así se llamaba, pudo subirse a un árbol con la mujer, dos niños y otro hombre. El árbol aguantó y pudieron salir vivos de aquel trance, cuando las aguas bajaron, todos menos la mujer que, como tal, perdió el ánimo, o se desmayó, y fué arrastrada por la corriente, hallándosele ahogada al día siguiente.

Francisco Moxica, criado antiguo de don Juan Alonso, vivía en una casa que, en el diluvio anterior, el de 1553, fué toda ella trasplantada entera a notable distancia, dando lugar a un pleito con el dueño del suelo en que quedó. Esta, con otras dos próximas, fueron esta vez completamente deshechas. Los habitantes de una de ellas, que eran cuatro mujeres, empezaron a dar voces, con sendos Crucifijos en las manos, y lo único que pudieron hacer los Monjes fué darles la absolución, ante las señales de contricción que desde lejos daban las infelices. De las ventanas subieron a los tejados, desde donde seguían pidiendo misericordia con sus Crucifijos, siendo por último arrastradas al caer la casa. Tres de estas mujeres murieron y fueron sepultadas en el mismo Monasterio. La cuarta fué río abajo

amparada por dos grandes maderos, "como dos Angeles de guarda", y pudo ser salvada.

El Francisco Moxica perdió a su mujer, a un niño y a una vieja que con ellos vivía. Pero su hija Luisa se fué sobre unas tablas, con una criatura de menos de un año en brazos, hasta Portugalete, salvándose allí milagrosamente, y contando que debía la vida a un cinto del Glorioso Padre San Agustín, que la protegió, haciendo que las tablas conservasen una posición conveniente para sustentarla.

Volvamos ahora a la villa, en la que estaban pasando también cosas maravillosas. Dice el cronista que "a la sazón estaua toda nando en agua, como si fuera vna isla, porque por todas las partes entraba tan gran golpe de agua, que parecía un mar, y es prueba desta verdad, pues podia andar vn nauio por las calles, como anduuo, con no poco peligro de muchos edificios".

El navío siete-callero era de unas 60 toneladas y pertenecía a Hernando de Lopategui, vecino de Santa María de Gortiz. Suelto este navío, o *Zabra*, de sus amarres en los pilares de San Antonio, en las Casas Consistoriales, anduvo por la plaza un gran rato, hasta que decidió darse una vueltecita por el pueblo, y "encaró con todas sus xarcias por Velaosticalle (que es una de las siete principales de la villa) y entró por encima de las murallas, y derrocó luego dos casas, y con el remolino que se hazia, fué Dios seruido se retirase con tal furia azia atrás, que tornó a salir por la primera muralla que auia entrado, a la plaza, que a no ser así derrocara toda la calle y, sin remedio, pereciera toda la gente della".

Pero no crea el lector que se conformó con estos descabros la inquieta zabrita. Tomen nota de su palmarés.

"Salida pues esta Zabra de la dicha calle a la plaza, derrocó los cuertizos y asientos que en ella auia, hechos por el Regimiento, y maltrató las rejas de la torre de Iuan Martinez de Alday, y le dió golpes a la torre, tan fuertes que la hizo temblar, y viendose que la Zabra queria dar el terzero (al que era imposible resistir la torre), sus ocupantes se encomendaron a nuestra Señora de Veñoña, y milagrosamente dexó de batirla. Con el vaopres hirió la torre Doña Maria Saenz de Vilbão, y le sacó dos estribos de los corredores, y luego, con el mismo vaopres, hirió los corredores de Ochoa de Vilbao la Vieja, y le derrocó dos estribos y la tela delantera, y a las de Diego de Echeuarri, que son nueuas y bien edificadas, le derribó un estribo y entrado el vaopres por la tela de los corredores, le hizo un gran portillo y porfió vn gran rato con ella, y pasó a la torre de Vrtuño de Zamudio, y encarando de allí para Varrencalle (que es otra calle principal), le quitó vna reja y voluiendo atrás se arrimó a la dicha torre, y le llevó todas

” las rejas de la parte de la ribera. Y baxando furiosa por ella des-
” portilló un pedazo de muralla y con este impetu llegó hasta las
” lonjas y casas de Sanctiago de Erquinigo, y la casa de Pericón el
” correo, donde estaua su muger, la qual cayó al agua y vino desca-
” labrada nadando por la calle de Videbarrieta, con grande ánimo,
” y en medio de la calle cargó tanta madera sobre ella, que la mató
” y dexó alli...”.

Como ve el lector, la Zabra salió *braua* como ella sola, pues no contenta con todo lo derrocado por su agresivo *vaopres*, aún hay que cargar a su cuenta las siguientes minucias: Tres casas más, pegadas a la torre de Domingo de Trucios; la torre de Iuan Martínez de Recalde; las casas y mesón de Sant Pedro de Albierto; las casas y lonja de Diego de Zamudio; las de Martín de Ajo; y las de Martín Yñiguez de Hormaëche... ¡Ya está bien...!

Una envidiosa pinaza sintió la comezón de emular a nuestra Zabra, y se arrancó de lejos, derecha como una jara, cuando vislumbró Santiago enfilando la concurrida calle de Velaosticalle; pero allí recibió un puyazo en los bajos que la hizo morder el cieno. Véase la hazaña de Santiago:

” Otra pinaza que soltó amarras después de la Zabra, encaró a
” la dicha calle de Velaosticalle, y saltó por encima de la muralla
” maş recia y derecha que una jara, y asi no hizo daño alguno. A
” la entrada, topó con la casa de Martin de Lezamiz que es torrea-
” da y puesta en mitad de la calle y sobre canton, y con la furia,
” en la sillería dexó vna notable señal, que a coger mas de lleno
” lleuara aquel trozo de calle.

” De alli enderezó al Portico de Santiago. Aqui parece que mi-
” lagrosamente en vna claraboya de la Yglesia, el agua auía hincado
” vna larga y gruesa viga, en donde por la proa recibió la pinaza
” vna abertura por donde Dios fué seruido que luego se anegase,
” y fuesse a fondo, que a no suceder esto, derrocara gran parte de
” la Yglesia”.

El cronista nos explica la razón de que las embarcaciones mostraran esta predilección por Belosticalle, cuando se aventuraban a recorrer el bochito. La entrada a esta calle estaba frente a las casas de Regimiento, Alhóndiga y Peso, que estorbaban la corriente, y el agua, rebotando en ellas, entraba furiosa por la calle en cuestión.

Se relata después la angustia del vecindario y las artes y abnegación empleadas en el salvamento de mujeres y niños. No resistimos a la tentación de transcribir las lamentaciones que inspira a Pedro Cole de Ybarra su indudable veneración por el sexo bello:

” Quien podría contar los llantos de tantas mugeres como ay en
” esta villa, de todos los estados? Las lágrimas y gemidos de las po-

” bres donzellas, en quien se apoderó mas el miedo como sujeto
” mas flaco, aunque esforzado con el peligro? Quien podria dezir la
” turbación de todos generalmente? Pero en particular de los padres
” y madres que se ven rodeados de hijos derramando lágrimas, que
” el peligro les amonestaua que huyessen, y las prendas caras, que
” no las dexasen, peleaua en aquellos pechos, clamor que natural-
” mente se tiene a los hijos, con el que se tiene a la vida, y en-
” trambos dauan fuerzas, a que mas se sintiese la tribulación y pe-
” ligro”.

Después de contar que se pusieron escaleras atravesadas de unos tejados a otros para pasar a las casas más fuertes y recogerse en ellas, sigue la relación de los descabros.

Los templos sufrieron también muchísimo. La Iglesia de los Dominicos, junto al Monasterio de la Encarnación, quedó de tal modo anegada, de agua y cieno, que en muchos días no se pudo entrar en ella, y como fué tan repentina la avenida, no se pudo sacar el Santísimo, que fué hallado más tarde en su custodia, en medio de la Iglesia. Las imágenes de Santo Domingo y de Santa Catalina de Sena, fueron recuperadas de la corriente a un cuarto de legua, aguas abajo del monasterio de San Agustín.

San Antón, los Santos Juanes y Santiago quedaron en un estado lamentable. Las imágenes nadando, los altares destruidos, perdidos los ornamentos, y “hasta los muertos que estauan en esta Yglesia” sintieron esta calamidad, sacando sus huesos de la cama de su descanso (que era la sepultura) y desquiciando las puertas de aquellas estrechas casas, dexándolas todas abiertas para mouer a mayor lastima a los viuos que aca quedamos”.

Sabido es que en el lugar que actualmente ocupa el Pórtico de Santiago, estaba el cementerio.

Hubo muchas victimas. El cronista afirma que vió muchas personas ir por el río abajo, y aquella tarde y en la mañana siguiente se enterraron sólo en San Agustín diez personas. Una de las desgracias que más conmovieron fué la de Antonio de Murueta, mozo gentilhombre y bien dispuesto, recientemente casado con doña María Ortiz de Leguizamon, hermana de don Tristán de Leguizamon, el cual don Antonio, Señor de Murueta, realizando en Orozco trabajos de salvamento, se ahogó con doce hombres, y fué hallado cerca de Miravalles.

Aunque las aguas bajaban ya en las últimas horas del miércoles, tal era el miedo del vecindario, que aquella noche se reunieron en la Iglesia de Begoña cerca de tres mil personas.

Toda la villa quedó en gran necesidad, tanto “que a la gente mas

"regalada les faltaua un bocado de pan, quanto más a la gente
"comun.

"Pero la mucha diligencia y cuydado de la Iusticia y Regimiento
"fué parte (o por mejor dezir) el todo, para que no se sintiese nin-
"guna necesidad, que en vn tan repentino successo ha sido cossa de
"admiración poder proueer a tanta multitud de gente, como de
"ordinario ay en esta villa, y a la mucha que ha acudido de por
"estas partes, auer, y ayudar al reparo de las ruynas desta inun-
"dación o Diluio".

Pero quien se lleva la palma de las alabanzas es don Antonio Gó-
mez González de Butrón y Moxica, "el que aquella propia tarde del
"miércoles anduuo en vna acanea por las calles, no con poco pe-
"ligro, fiado mas de vna preciosísima reliquia de Lignum Crucis,
"que lleuaua en el pecho, que de sus fuerzas y industria. Lleuaua
"otros dos o tres criados a cauallo por lo que podia suceder, y con
"su persona y de sus criados, sacó por las ventanas muchas criatu-
"ras pequeñas, que pudieran salir de otra suerte, por el mucho cieno
"y lodo que ha quedado. El día siguiente anduuo en propia persona
"inquiriendo las personas honrradas y principales que hauian que-
"dado con necesidad, y a todo proueyó liberalmente de trigo y
"dineros, dando a vnas quarenta, a otras cinquenta reales, a otras
"menos y a otras mas, hasta quedarse sin vn bocado de pan que
"comer, que se sabe de cierto que fué necesario embiarlo a pedir
"prestado para que comiese, hecho digno de cauallero Christiano,
"y que se precia tanto de la piedad Christiana como de la nobleza de
"sus passados, entendiendo (como ello es en realidad verdad) que
"la nobleza Christiana, es la que mereçe estima".

Termina la minuciosa información implorando la asistencia Real
en otros términos:

"Para reparo de tantos danos Hara su magestad el Rey nuestro
"Señor vna obra digna de su Real persona, dando la mano a vna
"villa que se ha visto en tanta pujanza y aora en tanta miseria, con
"esta calamidad, que si no se reparase perdía el Patrimonio Real
"vno de los mejores lugares de España, y de más prouecho y inte-
"res se sigue a la Corona Real.

F I N

"Impreso con lizencia en Vilbao, por Pedro Cole de Ybarra.
Año de 1593".